

C ANGEL LULIO CABRERA

JORGE V. CRISCI (*)

Una idea sostenida por Carlyle y Emerson señala que la historia universal, el relato de lo que ha hecho el hombre en el mundo, es en el fondo la historia de los grandes hombres que aquí trabajaron: ellos fueron los líderes, los forjadores, los moldes, y en un amplio sentido, los creadores de cuanto ha ejecutado o logrado la humanidad. En otras palabras, la historia del mundo es la biografía de los grandes hombres.

Para los deterministas el héroe es, ante todo, una consecuencia, para Carlyle y Emerson es una causa. Siguiendo esta línea de pensamiento, podemos llegar a conocer a los antiguos héroes, incluso a los recientes, pero hartos más arduo es descubrir a los héroes contemporáneos ya que el tiempo no ha revelado aún en toda su magnitud su contribución. Hay, sin embargo, nombres que

las generaciones venideras no se resignarán a olvidar. Uno de ellos es, verosimilmente, el de Ángel Lulio Cabrera. Como la otra, la joven historia de la botánica argentina está construida por grandes hombres, uno de esos héroes es Ángel Lulio Cabrera.

Ángel Lulio Cabrera nació en Madrid el 19 de octubre de 1908. Su padre, Ángel Cabrera, era uno de los más



Cabrera a los 18 años (el primero de la derecha) con su padre y dos acompañantes, en un viaje de campaña a la Patagonia.



Cabrera en 1946, al principio de su jefatura en la División Botánica (hoy Departamento Científico Plantas Vasculares) del Museo de La Plata.

destacados zoólogos y paleontólogos de su tiempo. Su niñez y adolescencia transcurrieron en España. En 1925 su padre fue contratado como investigador y profesor del Museo de La Plata, y se trasladó con toda su familia a la Argentina. Al poco tiempo de llegar, Cabrera se inscribió en la carrera del doctorado en Ciencias Naturales del Museo de La Plata. Fue a los 18 años, durante el segundo año de la carrera, cuando recibió el primer llamado de la botánica; un viaje a la Patagonia acompañando a su padre. Fue una prolongada travesía en barco y dos meses de vida en carpa. Mientras su padre colectaba fósiles y animales actuales, él se encargaba de coleccionar plantas e insectos y embalsamar los animales que cazaba su padre. Cabrera decidió allí que la zoología no sería su futuro, pero como contrapartida la recolección de plantas despertó en él un entusiasmo y un amor que marcarían para siempre su destino. Al regreso del viaje y a instancia del profesor de botánica del Museo de La Plata Augusto Scala, identificó las plantas colectadas y comenzó su largo idilio con la botánica. Por aquellos años conoce a un joven profesor de la Facultad de Agronomía, Lorenzo R. Parodi (otro de los grandes hombres de la botánica argentina). El encuentro con Parodi, que con el tiempo se convertirá en su maestro, afirma su vocación y será un hecho cardinal en su vida científica. Ensayó, aún siendo alumno, un trabajo sobre las plantas de los alrededores de La Plata pertenecientes a la familia del girasol (familia conocida científicamente con el nombre de Compuestas). En 1931

se doctora en Ciencias Naturales. Su predisposición a la enseñanza lo lleva a una exitosa carrera docente, principalmente en la Universidad Nacional de La Plata, donde conoce todos los escalones, desde Ayudante hasta Profesor Emérito. Su tarea como formador de discípulos es sencillamente extraordinaria y sólo bastaría mencionar entre ellos a botánicos de la talla de Humberto A. Fabris, Genoveva Dawson, Jorge Morello y Otto Solbrig para apreciar la labor de Cabrera en ese aspecto.

Su labor de investigación ha sido mundialmente reconocida. La calidad y cantidad de su producción científica es de tal magnitud, que entre sus colegas la admiración hace ya largo tiempo que dejó paso a la leyenda. De la botánica sistemática pasó por gravitación natural a la fitogeografía y a la ecología, pero su labor principal se ha centrado siempre en la familia de las Compuestas, como si no quisiera abandonar nunca su primer amor. Sus trabajos sobre la Flora argentina y la Biogeografía de América latina son considerados clásicos y de consulta obligada en todo el mundo.

La deuda que la botánica argentina tiene con Ángel Lulio Cabrera es tan vasta que especificar una parte de ella sería repudiar o callar el resto, sin embargo, vale la pena mencionar algunos aspectos de la misma. En 1945, a los 36 años de edad, funda la Sociedad Argentina de Botánica, que se transforma en el motor de progreso de esta disciplina en la Argentina. Cuando en 1946 Cabrera se hizo cargo del Departamento Científico Plantas Vasculares del Museo de La Plata, el número de ejemplares de



Cabrera con su esposa, Sara Amavet, en un viaje de campaña -1938- a San Antonio de los Cobres (Salta).

herbario se limitaba a unos pocos miles, y hoy, gracias a Cabrera, ese herbario cuenta con cerca de 500.000 ejemplares. Entre 1976 y 1982 se desempeña como director del instituto de botánica más prestigioso de nuestro país, el Instituto de Botánica Darwinion, en San Isidro, provincia de Buenos Aires (aunque sin abandonar su condición de investigador del Museo de La Plata). Además, fue director de tres de las principales revistas botánicas argentinas: Boletín de la Sociedad Argentina de Botánica, Darwiniana y Hickenia.

Los premios y distinciones nacionales e internacionales que ha recibido a lo largo de su vida han sido innumerables. Sus colegas de todo el mundo le han dedicado más de 50 especies de plantas que hoy día llevan su nombre. Su amor por los viajes y las plantas lo ha impulsado a recorrer el mundo, y por otra parte, no hay rincón de la Argentina que Cabrera no haya visitado para coleccionar y estudiar vegetales.

Más interesante que las vicisitudes y fechas de su biografía es el hecho indudable de que Cabrera, como todo gran hombre, vive en una esfera más alta de pensamiento, a la cual los otros hombres se elevan con trabajo y dificultad; no tiene más que abrir sus ojos para ver el mundo vegetal y sus relaciones a la luz verdadera, mientras que los demás hombres deben hacer trabajosos análisis y cuidadoso control sobre las numerosas fuentes de error para llegar a conclusiones similares.

Está casado con Sara Amavet, tiene tres hijas, Marisa, Susana y Elsa, siete nietos y dos bisnietos. Hoy, con 90 años que su vitalidad se encarga de desmentir, continúa trabajando con el mismo entusiasmo e inteligencia de su juventud.

Cabrera posee un envidiable buen humor y una humildad que sorprende a quien lo conoce por primera vez. Trata de ocultar, no de exhibir, su inteligencia extraordinaria; habla con serenidad como al margen del diálogo y, sin embargo, es su centro. Jamás pontifica y está lleno de sabrosas anécdotas que agregadas a su encanto natural hacen de él un interlocutor fascinante. Más allá del encanto de su diálogo, de su humildad y de su inteligencia, Cabrera siempre nos propone con su presencia el ejemplo de un hombre íntegro.



Cabrera en 1995, durante la celebración de los 50 años de la Sociedad Argentina de Botánica que él fundó.

Las vicisitudes político-institucionales, que no han sido pocas en este siglo, nunca mermaron su labor. Ni siquiera en los peores momentos y bajo las peores condiciones, Cabrera dejó de investigar o de formar discípulos, por el contrario, vivió siempre en la pasión de su trabajo. En un siglo que adora el dinero, la fama, el poder y los ídolos de la sangre, Cabrera prefirió y prefiere los lúcidos placeres del pensamiento y las secretas aventuras del orden vegetal.

Hastiado por las torpes imitaciones, nuestro tiempo ha perdido la capacidad de percibir el sabor de lo heroico. Inconfundible, ese sabor está presente en la vida de Cabrera. Nadie puede recorrer esa vida sin conmoverse y profesar por este héroe un sentimiento que rebasa la veneración, y es el agradecimiento.

Para concluir, si tuviésemos que cifrar a Ángel Lulio Cabrera en una sola palabra, que no fuera su propio nombre, esa palabra sería TRABAJO. Trabajo de una ilimitada imaginación, regido por una lúcida inteligencia. En toda su vasta obra se advierte una extraordinaria coherencia científica, docente y humana, producto de su fe en sí mismo. "La obediencia de un hombre a su propio genio -dijo magníficamente Emerson- es la fe por excelencia". Y otro escritor norteamericano del siglo XIX agregó "Mientras un hombre permanece fiel a sí mismo, todo abunda en su sentido, la sociedad, el mismo sol, la luna y las estrellas".

Hoy la sociedad, el sol, la luna y las estrellas se inclinan ante nuestro héroe: Ángel Lulio Cabrera.

* Departamento Científico Plantas Vasculares, Museo de La Plata; investigador del CONICET.